



DOMINGO CATEQUÉTICO
18 DE SEPTIEMBRE DE 2011
Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

Haced
esto en
conmemoración
mía



El significado teológico, espiritual y práctico de la Eucaristía

por el padre benedictino Jeremy Driscoll

*Profesor de liturgia y teología sacramental de la Abadía de Mount
Angel y del Seminario y Pontificio Ateneo de San Anselmo, Roma*

Tan pronto como empieza a gustarnos una persona queremos llegar a conocerla mejor para así desarrollar una relación. Un mejor entendimiento de la Eucaristía nos abre a una relación más profunda y personal con Jesús, quien se dio a sí mismo a nosotros en este sacramento. Esta relación con Jesús es una alianza con todos nosotros mediante su sangre, y con cada uno de nosotros de una manera personal e íntima. Al morir Jesús conquistó nuestra muerte gracias a nuestra unión con él mediante nuestra humanidad. Al resucitar nos devuelve nuestra vida, y al hacerse con nuestros pecados su entrega limpia los pecados de todos los vivos y los muertos. Al morir, el Hijo nos reconcilia con el Padre en el Espíritu que nos envía al aliento. En la Última Cena Jesús preparó a sus discípulos para que recibieran este don lavándoles los pies y terminó diciéndoles: “Hagan esto en memoria mía” (1 Cor 11:24). Aquí trataremos el significado de esta relación en la Eucaristía en términos de banquete, sacrificio, memorial y presencia.

Una teología del banquete eucarístico

Un banquete, especialmente uno que se celebra con la familia y amigos, y particularmente con ocasión de una celebración, es una oportunidad para estrechar lazos y profundizar en la cercanía, la comunión e incluso la unión. Contraste esto con las comidas en solitario o que compartimos con desconocidos o cuando existe algo de tensión y resentimiento, y piense en cómo entonces en la comida algo así como que falta la armonía. Jesús nos dio la Eucaristía al celebrar la Última Cena. Pero en este caso no sólo comemos con el anfitrión del banquete, sino que también consumimos y bebemos la ostia y el vino consagrados, y por tanto consumimos al dador del don, convirtiéndonos en uno solo con los demás, al igual que nos hacemos uno en Jesucristo.

Los amantes a menudo expresan un deseo “que los consume”, el deseo de estar unidos el uno al otro, de estar en el interior del otro. En el otro extremo del espectro, podemos acordarnos de aquellas situaciones de nuestra infancia

cuando nuestros padres o algún otro pariente pretendía con afecto que nos iba “a comer a besos” porque nos querían tanto, y nos decían que éramos tan buenos que se nos podía “comer”. Las substancias comunes del pan y el vino se convierten en el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, y nuestro deseo que nos consume de él nos es satisfecho al recibir la Eucaristía.

La Última Cena de Jesús fue una celebración de la Pascua judía, el banquete pascual durante el cual los israelitas fueron incorporados al pueblo elegido de Dios al comer el cordero pascual antes de su éxodo de Egipto en dirección a la tierra prometida. Esta comida sacrificial estableció una relación especial con el Señor, les dio una identidad como su pueblo y fortaleció su alianza con él. Jesús estableció una nueva alianza, una nueva relación con nosotros, al ofrecer no un cordero, sino a sí mismo, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Cuando hacemos esto en conmemoración suya, lo hacemos durante un banquete, el nuevo Banquete Pascual, participando en el Misterio Pascual de la muerte y Resurrección de Jesucristo. Consumimos su Cuerpo y bebemos su Sangre.

Jesús preparó a sus discípulos para que recibieran la Eucaristía al lavarles los pies. En la época de Jesús este ritual era llevado a cabo para todos los invitados antes de un banquete festivo, y Jesús pidió encarecidamente a sus apóstoles que si él, que es nuestro maestro, ha hecho esto por nosotros, entonces nosotros debemos hacerlo los unos a los otros. El significado es mucho

más que simplemente la caridad ya que, como Jesús le dice a Pedro: “Si no te lavo, no tendrás parte conmigo” (Jn 13:8).

Sacrificio

Ya hemos descrito el banquete eucarístico como un banquete sacrificial. La mayoría de los demás sacrificios que han sido ofrecidos a Dios o a los dioses, o incluso los sacrificios que ofrecemos en nuestra vida diaria por el bien de los demás, tienen que ser repetidos. Pero en la Cruz Jesús se ofreció a sí mismo de una vez para siempre. El sacrificio eucarístico, repetido cada vez que la misa es celebrada, no es un *nuevo* sacrificio, sino que es una participación en el *único* sacrificio de Cristo. En este sentido, como veremos más adelante, es un memorial.

“Nadie tiene amor más grande a sus amigos que el que da la vida por ellos” (Jn 15:13). En la Eucaristía el sacerdote también es la víctima. Quien ofrece el sacrificio es también quien es sacrificado. El Buen Pastor es también una de las ovejas, el Cordero de Dios, el cordero que ha sido sacrificado. Una cosa es dar algo a alguien que está necesitado y otra la de actuar para ayudar a alguien que está necesitado. Y sin embargo, el mayor sacrificio de todos es el de darse uno mismo por alguien que está necesitado.

Cristo, el gran sumo sacerdote (ver Heb 8) se ofrece a sí mismo de una vez para siempre para que, de entonces en adelante, todos los sacrificios sean ofrecidos mediante su sacrificio. Esto es realmente verdadero. El sagrado sacrificio de la misa, ofrecido por un

sacerdote ordenado, es el sacrificio incruento que participa en el único sacrificio de Jesús en la cruz. De una verdadera manera, los momentos temporales durante los que celebramos y recibimos la Eucaristía son incorporados a, y participan de, la eternidad del amor mediante el que se entrega Jesús en el Misterio Pascual. Para el cristiano bautizado no existe sacrificio u ofrecimiento que sea demasiado pequeño, ya que es incorporado al único sacrificio y ofrecimiento de Cristo.

Memorial

Al celebrar y recibir la Eucaristía somos partícipes de un nuevo banquete pascual (mediante el cual compartimos del sacrificio de la cruz) y participamos en la muerte y Resurrección de Jesús. Como hemos visto, mediante la invocación del Espíritu Santo, nuestros momentos temporales participan de los momentos reales de la Última Cena, la muerte y Resurrección de Jesús y del ofrecimiento del Hijo al Padre. Este es el significado más profundo de la Eucaristía y del mandato que Jesús dio a sus Apóstoles y sus sucesores de hacer lo que él hizo para poder participar en su ofrecimiento.

“Hagan esto en memoria mía”. Sabemos cómo es estar en una comida cuando recordamos a nuestros seres queridos que han fallecido o cuando nos acordamos de grandes hechos que realizaron nuestros antepasados. Usamos nuestra memoria para conocerlos tal y como eran en ese entonces (y de alguna manera como lo siguen siendo) para nosotros. Pero el memorial de la Eucaristía, el recordar a

Jesús, es también su presencia real, como veremos más adelante. La palabra griega “anámnesis” denota este significado más profundo del concepto “recordar”. Por ejemplo, en Lucas 23:39-43, cuando Jesús cuelga moribundo de la cruz junto a dos ladrones, uno de los malhechores le dice a él: “Señor, cuando llegues a tu Reino, acuérdate de mí”. Jesús responde a la súplica del ladrón moribundo y va más allá asegurándoles que nunca lo olvidará ni a él ni a la crucifixión que han padecido juntos. Jesús más bien le dice: “Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Esta respuesta de Jesús nos muestra la plenitud de cómo se acuerda de nosotros y de cómo está presente para nosotros en la Eucaristía. Jesús le promete al ladrón que se acordará de él en el sentido de anámnesis, y por ello podemos entender el mandato de Jesús durante la Última Cena, “Hagan esto en memoria mía”, con el significado de “El día que hagan estas cosas (la Eucaristía), yo estaré con ustedes”. Esto sí es una presencia real.

Presencia

Cuando recordamos a alguien durante un banquete de celebración, cuando realizamos un sacrificio para donar dinero a un programa de becas en nombre de algún fallecido o cuando contribuimos a una obra caritativa a la que alguna persona se dedicó durante toda su vida, entonces la persona a la que conmemoramos parece de alguna manera estar presente. A veces colocamos un puesto en la mesa para un ser querido que ha fallecido o colocamos una foto o algún recuerdo de

esa persona para que nos ayude a acordarnos de ella. Sin embargo, la conmemoración de Cristo en la Eucaristía es mucho más que esto. Jesucristo está verdaderamente presente.

La presencia de Jesús es substancial y el pan y el vino son transubstanciados. La substancia es el verdadero ser o realidad de alguien o algo, y la verdadera realidad de Jesús —Cuerpo, Sangre, alma y divinidad (Concilio de Trento, DS 1640; 1651)— está presente en la Eucaristía. La mayoría de nosotros estamos familiarizados con la palabra “transubstanciación”, la cual describe la transformación (*trans*) del pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Aunque continúan teniendo la apariencia del pan y el vino, la realidad es la persona de Jesucristo, el Hijo eterno de Dios que ha compartido nuestra naturaleza humana.

Este es verdaderamente el Jesús real que ha caminado sobre la tierra, Dios y hombre, pero más: es Jesús en la cruz, que ha muerto, resucitado y ascendido a la gloria, verdaderamente presente para nosotros en la Eucaristía. La Eucaristía no es sólo un signo de Jesús, algo que va más allá de sí mismo y nos lleva a Jesús. No es una mera metáfora, que nos recuerda a Jesús mediante alguna similitud o correspondencia con él. Si nos referimos a la Eucaristía como un símbolo de Jesús, como una representación de Jesús, entonces debemos recordar que esta representación simbólica lo re-presenta, hace presente de nuevo la realidad de Jesús, el Hijo eterno de Dios, divino y humano, verdaderamente presente en la Eucaristía. Reflexionemos acerca del

significado espiritual y práctico que este entendimiento teológico de la Eucaristía tiene para nosotros.

Espiritualidad y práctica de la Eucaristía

Ofrecer la Eucaristía con agradecimiento y alabanza

Cuando nos reunimos para celebrar y recibir la Eucaristía debemos recordar que es más que un banquete, más que un sacrificio y más que un memorial en el sentido habitual de la palabra. En la Eucaristía nos encontramos personalmente con Jesús. El misterio de la Eucaristía es el misterio de la Iglesia. Somos unidos como miembros de su cuerpo, aun más profundamente cada vez que celebramos y comulgamos. “Somos el cuerpo de Cristo” debe ser complementado con “¡Somos el Cuerpo de Cristo!”. Este no es banquete cualquiera, y la naturaleza transcendental de lo que estamos haciendo nunca se debería perder en la familiaridad que buscamos tener con la comunidad de los fieles, nuestros hermanos y hermanas. Aquí lo secular debe estar abierto a lo sagrado, a Jesús mismo, quien viene a nosotros sacramentalmente. La *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* reconoce las distintas, y a la vez complementarias, maneras en las que Jesús está presente: en los fieles reunidos en su nombre, en la proclamación de su Palabra y, de modo más especial, en su presencia sacramental en la Eucaristía (Concilio Vaticano Segundo, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia* [*Sacrosanctum Concilium*], no.7, http://www.vatican.va/archive/hi_st_councils/ii_vatican_council/documen

[ts/vat-ii const 19631204 sacrosanctum-concilium sp.html](https://www.vatican.va/press-releases/1963/19631204_sacrosanctum-concilium_sp.html)).

Nuestra hermandad mutua en el banquete eucarístico también es un sacrificio. Muchos cristianos encuentran en este elemento esencial de la Eucaristía un obstáculo porque les recuerda lo que parece ser una noción pre-cristiana de Dios, quien demanda la aniquilación de lo que es más valioso para nosotros. Sin embargo, sea lo que ofrezcamos en la Eucaristía, deberíamos no sólo ofrecer nuestras intenciones y necesidades, sino también todo aquello que tenemos y somos, y no se nos quita nada de ello sino para devolvérselo restaurado en Cristo. Nos ofrecemos en el altar junto con las ofrendas y somos incorporados al Cuerpo único de Cristo, somos incorporados al ofrecimiento único y para siempre de sí mismo al Padre. La disposición apropiada que debemos tomar es la de ofrecernos a nosotros mismos en el sacrificio que Jesús hace de sí mismo.

Comunión con Cristo al recibir la Eucaristía

El día que hacemos estas cosas, ¡Cristo está con nosotros! Sea lo que traigamos con nosotros como comunidad —nuestra identidad, nuestra vida de culto compartida— se lo traemos a él presente ahora con nosotros. Sin embargo, como individuos, no sólo lo recibimos a él en unión con los demás miembros de su Cuerpo, sino que también nos encontramos con él de una manera personal. Los momentos de silencio que se nos dan durante la celebración de la Eucaristía nos permiten que la intimidad de este

encuentro personal se convierta en comunión. El recibir a Cristo es permitirle que “entres en mi casa”. Podemos compartir con él todo aquello que traemos con nuestros recuerdos, esperanzas, miedos, necesidades y deseos. También podemos compartir con él lo que nos puede resultar imposible compartir con cualquier otra persona.

Recibimos una lección de humildad al saber que Cristo viene a nosotros a causa de nuestro sentido comunitario de no ser dignos, pero especialmente porque somos conscientes de nuestra indignidad personal. Sin embargo esto nos debería llevar a la contrición y no a un mero sentido de culpabilidad. ¿Quién soy yo para que el Hijo de Dios venga a mí? ¿Para que me permita recibirlo en mi casa? Este tipo de autoconocimiento es demasiado para nosotros e intentamos evitarlo inconscientemente. A menudo en las celebraciones contemporáneas de la liturgia eucarística se canta, lee, habla, explica y expresa demasiado, de tal manera que el tiempo para el silencio y la intimidad con el Señor puede llegar a perderse. Me parece incluso que a menudo comenzamos incluso a evitar esta intimidad.

Nos puede resultar difícil permanecer sentados sin movernos, estar callados, para encontrarnos verdaderamente con el Señor en la Eucaristía. Nos parece más fácil establecer una fraternidad con otras personas que están presentes. Si no encontramos la homilía interesante o la música inspiradora, entonces no sabemos bien qué hacer con nosotros mismos.

En tiempos pasados muchos católicos seguían la tradición de ir a la iglesia media hora o más antes de la misa para rezar y prepararse para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Igualmente, después de la misa, dedicaban tiempo en privado para dar gracias y estar en comunión orante con el Señor. En una sociedad en la que todos tenemos prisa, donde llegamos corriendo y agitados a la iglesia y de donde nos marchamos entre apresurados holas y adioses, gran parte de esta intimidad con Cristo en la Eucaristía se ha perdido. Fallamos a la hora de profundizar en esa concientización interior y relación personal con Cristo, al igual que nuestro apresuramiento de ida y vuelta a la iglesia hace que nuestra fraternidad con otros creyentes sea cada vez más difícil de alcanzar.

Adoración y oración eucarísticas

Los últimos cincuenta años han visto un declive general en lo referente a las diversas devociones a la Eucaristía que pueden ser practicadas fuera de la misa. Sin embargo, a lo largo de las últimas décadas, ha habido un resurgimiento de las devociones a Jesucristo presente sacramentalmente en la Eucaristía reservada. Algunos de los problemas anteriormente mencionados han dejado a la gente deseosa de la tranquilidad de una relación más personal con el Señor. Hay quien busca una relación sostenida durante un tiempo fuera de la celebración eucarística donde pueda tener la oportunidad de un periodo más largo de oración y adoración en silencio. Esta devoción suplementa y extiende la celebración y recepción de la Eucaristía

en la misa y debe ser entendida como algo que surge de esta. La Iglesia siempre ha enseñado que Jesús permanece verdaderamente presente en la Eucaristía incluso después de la celebración de la misa, y por tanto lo hace en la Eucaristía reservada en el sagrario. Jesús mismo muestra esta necesidad de una unión de amor más contemplativa y prolongada en oración con su Padre amado, y la Sagrada Escritura a menudo muestra a Jesús orando continuamente a lo largo de toda la noche. En tiempos recientes la Iglesia ha intensificado su promoción tradicional de este tipo de oración para todos los católicos.

Esta práctica resulta ser un obstáculo para algunos creyentes, como si el observar la ostia consagrada o rezar ante el sagrario fueran algún tipo de idolatría. Es importante recordar que la Eucaristía no es un objeto al que mirar sin pestañear, ni un ídolo, sino que es una persona, una relación. Al recibir la Eucaristía o adorarla en oración en silencio, nos relacionamos con la Eucaristía como Jesús presente, ofreciéndose activamente a sí mismo a nosotros. Esta relación, como todas las relaciones, requiere fe, pero una fe que da fruto. La adoración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento permite que los frutos de haberlo recibido maduren y profundicen en una comunión y en una plenitud del amor que fluye a nuestra vida diaria.

La Eucaristía es el cumbre y la cima de la vida de cada cristiano y de todo el pueblo de Dios (Concilio Vaticano Segundo, *Lumen Gentium*, http://www.vatican.va/archiv_e/hist_councils/ii_vatican_council/docu

[ments/vat-ii const 19641121 lumen-gentium sp.html](http://www.vatican.va/const/const_19641121_lumen-gentium_sp.html), no.11) en el sentido de que todos los demás sacramentos están unidos a ella y orientados hacia ella (*Catecismo de la Iglesia Católica*, [http://www.vatican.va/archiv_e/catechism_sp/p2s2c1a3_sp.html#II El nombre de este sacramento](http://www.vatican.va/archiv_e/catechism_sp/p2s2c1a3_sp.html#II_El_nombre_de_este_sacramento), no.1324). La palabra “Eucaristía” significa acción

de gracias y es la consumación de todo lo que Cristo prometió cuando dijo: “Yo soy el pan vivo, bajado del cielo, para que quien lo coma no muera . . . El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna . . . El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él” (Jn 6:51, 54, 56).

Copyright © 2011, Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, Washington , D.C. Todos los derechos reservados. Se permite la reproducción de esta obra sin adaptación alguna para uso no comercial.

Los textos de la Sagrada Escritura han sido tomados del Leccionario © 1976, 1985, 1987, 1992, 1993, 2004, Conferencia Episcopal Mexicana; y de la Nueva Biblia de Jerusalén © 1998 Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Bilbao.

Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica, segunda edición, © 2001, Libreria Editrice Vaticana–United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de los documentos del Concilio Vaticano II han sido extraídas de la página Web oficial del Vaticano. Reproducidas con permiso. Todos los derechos reservados.